

Paraguayos leyendo Foucault: usos en el pensamiento de Benjamin Ardití y Gilberto Giménez

Paraguayans reading Foucault: uses in the thought of Benjamin Ardití and Gilberto Giménez

[Artículo de dossier]

Raúl Acevedo *

Fecha de entrega: 20 de febrero de 2024

Fecha de evaluación: 22 de mayo de 2024

Fecha de aprobación: 02 de junio de 2024

Citar como:

Acevedo, R. (2024). Paraguayos leyendo Foucault: usos en el pensamiento de Benjamin Ardití y Gilberto Giménez. *Cuadernos De Filosofía Latinoamericana*, 45(131), 142–188. <https://doi.org/10.15332/25005375.9806>



Resumen

En el presente trabajo de investigación se busca examinar la recepción de la obra foucaultiana en dos pensadores paraguayos, Benjamin Ardití y Gilberto Giménez. Para tal propósito se realiza un análisis de las problemáticas socioculturales e históricas que motivaron el acercamiento al pensador francés, como también, los usos de ciertas categorías para una ampliación reflexiva en las disciplinas de ambos autores, partiendo de textos publicados en la última parte del siglo XX.

Palabras clave: Foucault, Paraguay, política, discurso, recepción

Abstract

* Licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional de Asunción, Facultad de Filosofía (Paraguay). Docente investigador de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción. Correo electrónico: raulinout@gmail.com; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6313-3113>

This research work seeks to examine the reception of Foucaultian work in two Paraguayan thinkers, Benjamin Ardití and Gilberto Giménez. For this purpose, an analysis of the socio-cultural and historical issues that motivated the approach to the French thinker, as well as the uses of certain categories for a reflective expansion in the disciplines of both authors, based on texts published in the last part of the twentieth century.

Keywords: Foucault, Paraguay, politics, discourse, reception

Introducción

La recepción de Michel Foucault en Latinoamérica, ya desde los años 50 en Argentina y su extensa difusión a lo largo de los 80 en la región, ha marcado un sinnúmero de encuentros y desencuentros, adeptos y críticos con su pensamiento (Canavese, 2015). En ese auge de popularización, aparecen dos ilustres pensadores paraguayos, Benjamin Ardití (1956)¹ y Gilberto Giménez (1927)², que, entre 1982 y 1984, fueron colegas en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. El primero, enfocado más en la teoría política contemporánea; el segundo, encuadrado en el análisis del discurso y la sociología de la cultura. Dicho esto, se podrá notar que los usos que realizan del pensador francés son variados, puesto que los abordajes y en algunos casos, el interés investigativo se bifurca en disciplinas divergentes, aunque existan puntos de contacto.

¹ Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Essex. Es profesor de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Ha sido profesor invitado en las universidades Federal de Santa Catarina (Brasil), Maryland (Estados Unidos) y Essex (Reino Unido), así como investigador y jefe de área de Análisis Político y teoría Social en el Centro de Documentación y Estudios (Paraguay) e investigador visitante en las universidades de Edimburgo, St. Andrews (Reino Unido) y Colonia (Alemania). Su área de investigación es la política viral, post-liberalismo y post-hegemonía.

² Doctor en Sociología por la Universidad de la Sorbona. Es profesor del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Fundador del Seminario permanente Cultura y Representaciones Sociales. Ha impartido clases en las facultades de Filosofía y Letras, y de Ciencias Políticas y Sociales, en la UNAM. Su área de investigación es la Sociedad y Cultura.

El presente trabajo tiene como objetivo analizar la reappropriación que realizan ambos autores del pensamiento de Foucault, desde las problemáticas socioculturales e históricas que les han motivado para valerse de las herramientas foucaultianas. Esto, en términos metodológicos, obliga recortar y/o delimitar la bibliografía, puesto que la investigación no busca abordar la totalidad de la producción académica, tanto de Ardití ni de Giménez, sino acentuar un momento histórico, valga la redundancia, que es básicamente el último cuarto del siglo XX. Este recorte tiene relación, primero, con la popularización de Foucault en las ciencias sociales; segundo, como paraguayos, marcan los primeros trabajos donde los planteamientos foucaultianos son puestos a funcionar, más allá de menciones o citas breves³. Con relación a los textos escogidos, se puntualizan artículos y libros que guardan relación con Foucault y sus problemas, manteniendo un análisis crítico y hermenéutico de las mismas.

Teniendo en cuenta lo expresado, el trabajo se divide en dos grandes apartados, cada uno acentuando la recepción de ciertos problemas foucaultianos en el interior del contexto que ha marcado a los paraguayos. Primeramente, se analizan las obras esenciales de Benjamin Ardití y los problemas que aborda, en específico, la relación con la crisis del marxismo, la recepción del posmodernismo en Latinoamérica y su relación con la transición democrática. En segunda instancia, se encara el acercamiento que realiza Gilberto Giménez a la teoría de Foucault, en especial lo que corresponde al análisis del discurso, la ideología y el poder.

³ Se podrá objetar que ambos realizaron, generalmente, sus trabajos en otros países, pero eso no quita que su influencia no haya repercutido en Paraguay, aunque sea de manera somera, y esto, se puede ver en los trabajos de Ticio Escobar (1987, 2020).

Arditi, Lector de Foucault: Entre la Crisis del Marxismo y la Posmodernidad

La figura de Arditi dentro del espectro paraguayo y latinoamericano es bastante particular. Para la socióloga e historiadora, Milda Rivarola (2006) y para el filósofo Sergio Cáceres Mercado (2011), el autor es uno de los precursores de la posmodernidad en Paraguay, junto al crítico cultural, Ticio Escobar; en tanto, que para Julio Ortega (1997) y Rigoberto Lanz (1996), el pensador paraguayo es uno de los representantes del posmodernismo latinoamericano, a lado de M. Hopenhayn, N. Lechner, M. A. Garretón, N. Richard, F. Calderón, entre otros. Pero no solo se podría catalogar a Arditi de posmoderno, sino de posmarxista (Acevedo, 2023), entendiendo el prefijo “pos” no como superación, sino como renovación. Esto relacionado obviamente con la crisis del marxismo”, el giro democrático de las ciencias sociales a finales del siglo XX y la figura de Antonio Gramsci en la región; aquí los nombres de J. Árico, E. de Ípola, J. C. Portantiero, J. Labastida, son importantes⁴.

Nutrido en los centros académicos más prestigiosos de Europa y Latinoamérica, Arditi supo estar a la par de los grandes debates que se gestaban en los años ochenta y noventa, como ya se venía mencionando, la crisis del marxismo, el problema de la posmodernidad y por supuesto, la transición democrática.

⁴ Un dato relevante de todos los nombres citados y la relación con Arditi, es el seminario internacional Escenarios Políticos de la Transición a la Democracia. Organizado por el Centro de Documentación y Estudios (CDE) de Paraguay, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) de Chile y la Fundación Pablo Iglesias de España, llevado a cabo entre el 19 y el 21 de julio de 1989, en Asunción. Ver: Garretón, M. A., de Ipola, E., Krischke, P., Lechner, N., (1990) y Lezcano, C. M., Martini, C., Muñoz, C., Pareja, C., Panizza, F., (1991).

Crisis del Marxismo y las Herramientas de Foucault

La relación entre Foucault, Marx y el marxismo siempre fue compleja y tensionada. Uno de los tantos episodios es la relación con la denominada “crisis del marxismo” en la década de los 80, en el contexto de la transición democrática en Latinoamérica. Como bien menciona Canavese, “tanto admisiones como impugnaciones de las elaboraciones de Foucault toman forma entre los señalamientos sobre las inconsistencias de algunos discursos marxistas y sus presupuestos filosóficos” (2015, p. 105). Esto ha generado que las propias recepciones y circulaciones de Foucault aparezcan de manera heterogénea, contribuyendo a reflexionar ciertas problemáticas que se daban en aquel momento y en específico, referido al corpus dogmático del marxismo-leninista.

Dentro de ese escenario, la figura de Ardití no aparece alejada, desde su primer artículo “Sujetos a debate”, publicado en la revista mexicana *El Buscón*, en 1983, se visualiza, por un lado, las críticas a los presupuestos centrales del marxismo, y por otro, la presencia de Foucault en la configuración de lo político en términos de micropoderes (Arditi, 1983). En un trabajo posterior, “El sentido del Socialismo’, hoy. (Discurso, Política, Sujeto)”, presentado en la revista chilena *Opciones*, en 1985, amplía las reflexiones presentadas anteriormente, y apuntando a aprovechar la crisis misma del marxismo para recomponer el proyecto socialista, comprendiendo que la ampliación de las esferas antagónicas ya no se reduce al capital-trabajo (Arditi, 1985)⁵. Nuevamente, la figura de Foucault es importante, puesto que sirve para cuestionar las conceptualizaciones socialistas de poder, política y lucha provenientes del siglo XVIII y XIX, que

⁵ La noción de “crisis” tiene una particularidad en el pensador paraguayo, lejos de pensar en términos catastróficos y negativos, busca habilitar un horizonte productivo, de intervención activa y decisional de los actores políticos. Ver: Ardití (1987, 1993).

por sus limitaciones estáticas y esencialistas no atienden a la multiplicidad de luchas emergentes.

Los dos artículos citados marcan los primeros estudios de Ardití sobre Foucault y la “crisis del marxismo”⁶, pero la obra que compila toda la elucubración de dicha problemática es *Discutir el socialismo* (en adelante *DeS*), publicado en 1989, por la editorial paraguaya RP y Criterio Ediciones. El libro en sí es una compilación basada en notas y borradores preparados entre 1982 y 1984, momento en que el autor se desempeñaba como investigador visitante en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM (Arditi, 1989a); respecto al contenido de la presente edición, fueron ordenadas y ampliadas, en algunos casos. Las fechas son importantes, puesto que marcan las contiendas de la época, como bien recuerda Canavese (2015), era habitual, en el contexto de la crisis, que los usos e interpretaciones teóricas juntaran autores como Nietzsche, Castoriadis, Deleuze y Foucault, para pensar alternativas al discurso dominante del marxismo-leninista.

Ya en la introducción de *DeS*, Ardití (1989a) inicia citando a Nietzsche y a Foucault para abordar el tema de la “verdad” en términos políticos y existenciales, y no puramente normativos. Además, que la misma, es decir, la “verdad”, en tanto saber y verdad instituida, opera como legitimadores del poder, elaborando lo que en la jerga foucaultiana se entiende como “régimen productor de verdad” (Foucault, 1987, p. 187). Con esto ya se puede intuir el sendero en el que quiere transitar el autor paraguayo, y es, nada menos, que cuestionar el estatus de verdad del discurso marxista dentro del movimiento socialista (Arditi, 1989a). Para el autor, generalmente cuando se habla de socialismo, éste se identifica con el

⁶ No se toma en cuenta los artículos “Romanticismo y sectarismo en el imaginario de las izquierdas” ni “A condição pós-marxista”, ambos del 1988. La decisión es porque ambos se incluyen en *Discutir el socialismo*. Ver: Ardití (1988a, 1990a).

marxismo-leninismo. Tal aspecto, según Ardit (1989a) se da por el prestigio que ha tenido la revolución bolchevique en 1917, volviéndose una verdad debido a su eficacia. Como efecto, causó que toda perspectiva socialista (debates teóricos o movimientos sociales) que no posean estrategias de corte leninista, no sean considerados socialistas. Dice Ardit al respecto:

El prestigio de los bolcheviques y de su revolución les permitía descalificar a otras iniciativas, a saberes socialistas diferentes. En su éxito fáctico radicaba la prueba de su verdad y esa verdad incidía, a su vez, en la legitimación del marxismo como práctica política. Se trata, en definitiva, de un sentido impuesto en el plano normativo y valorativo o, lo que es lo mismo, de una ilustración del nexo entre saber y poder enunciado por Nietzsche y desarrollado posteriormente por Foucault, (1989a, p. 14)

La cita es más que importante, dado que marca el hilo conductor de los capítulos venideros y por supuesto, que se puede aportar al respecto. Sin duda, Ardit (1989a) tiene en cuenta que el régimen de verdad del marxismo-leninismo ya no es tan evidente, es por eso que alude a la “crisis del marxismo”. Ya no es tan claro el camino que el socialismo debe tomar, ante eso, la crisis de un principio fundacional unitario queda en jaque. Entonces, el autor apela a buscar nuevos elementos para pensar un proyecto socialista acorde a su época. Pero para eso, necesita poner sobre el tapete ciertos elementos problemáticos del marxismo-leninismo y por supuesto, “supone una serie de decisiones de carácter teórico-político cuyos efectos involucran una serie de rupturas, desplazamientos y transformaciones en las prácticas, los referentes y las tesis constitutivas del discurso socialista” (Ardit, 1989a, p. 16).

Sobre lo mencionado arriba, *DeS* se puede dividir en dos bloques: Uno enfocado en los aspectos teórico-políticos, que corresponden al capítulo 1, denominado “El terreno teórico del socialismo marxista”; el capítulo 2, “Límites explicativos del materialismo histórico”; el capítulo 3, “Ciencia y poder: La fortificación de la razón revolucionaria”. Mientras que el segundo bloque atiende los elementos práctico-políticos en los capítulos siguientes:

capítulo 4, “Adiós al obrerismo. La cuestión del sujeto”; el capítulo 5, “Adiós al vanguardismo. La cuestión del partido”; y el capítulo 6, “Romanticismo y sectarismo en el imaginario de las izquierdas.

Discutir: Bloque Teórico-Político del Marxismo

El primer bloque, en resumen, busca desarticular el carácter científico que se le ha otorgado al materialismo histórico, en específico a lo que corresponde al problema de la unidad y la pluralidad de los procesos y fenómenos de la sociedad. Dentro de los capítulos mencionados, destaca el capítulo 3, y es propiamente ilustrativo, ya que en él se ven con mayor fuerza los usos teóricos que realiza Ardití de Foucault. Dicho capítulo, está subdividido en tres partes, donde se desgrana lo que subyace debajo de la retórica marxista, en específico los aportes que realizan Althusser o Lecourt.

El primer subcapítulo, “Epistemología y verdad. La pesada herencia racionalista”, enfatiza el papel que los marxistas hacen de la ciencia para descalificar cualquier otro discurso, por ejemplo, cuando Althusser habla de ciencia e ideología. Esta manera de encarar la legitimidad de un argumento, ya sea por ‘ideológico’ o ‘especulativo’ ha servido como eje articulador. El escritor paraguayo resalta la evidencia que tuvo el marxismo de la ilustración, ese flujo racionalista y positivista del siglo XIX que apoyó a la ciencia y estructuró la estela discursiva en todos los campos de la investigación. Hasta tal punto, que la fe por la ciencia se manifestó en pequeñas sectas de corte marxista, enfrascadas en un dogmatismo científicista que llevaron hasta el paroxismo, como la experiencia del Khmer Rouge en Camboya. Pero no se limita a eso, también es necesario atender el esfuerzo de ciertas teorías marxistas en tratar de encajar los fenómenos sociales en un marco teórico cerrado que se va a legar de la teoría de Marx (Arditi, 1989a)

El segundo subcapítulo, “Ciencia y poder”, se refiere a los efectos de poder de la ciencia, valga la redundancia. En términos epistemológicos y políticos,

ya no se trata solamente de distinguir un discurso científico de un discurso ideológico, sino que existe una pretensión de poder que tiene sus efectos. Este pasaje del libro del paraguayo, con claras referencias a Foucault, analiza el discurso marxista, topándose con autores que intentaron sostener un alegato científico marxista para deslegitimar otras variantes del socialismo. Ya en la época de Marx y Engels, el caso fue contra los ‘socialistas utópicos’ (Fourier, Saint Simon, Owen) y los anarquistas (Proudhon y Bakunin), pero la contienda no terminó ahí, ya en la URSS, el caso de Lysenko es emblemático⁷. El énfasis dado en la razón y la ciencia apunta en otro sentido, expresa Ardit (1989a), y es en los efectos de poder, establecer las ‘leyes objetivas’, explicar el ritmo de la historia y establecer las ‘etapas necesarias’ del desarrollo científico. Obviamente, aquí el intento es eliminar toda incertidumbre y divinizar o sacralizar un discurso racionalista de la historia.

El tercer subcapítulo “El científicismo como retórica sacralizante del poder”, atiende la correspondencia necesaria entre “garantías epistemológicas” y las “garantías de la historia”. Tal correspondencia es cuestionada por el autor, ya que considera que la historia no es el despliegue lógico de categorías racionales, en términos hegelianos, sino que la historia —siguiendo a Castoriadis— es el “terreno del riesgo y de la tragedia” (Arditi, 1989a, p. 66). Lo correcto sería pensar en un terreno donde las prácticas se enfrentan a miles de obstáculos, donde se lucha, negocia y calcula las cosas, con el fin de la realización de cualquier proyecto, y por supuesto, saber que tal vez no salga todo como se esperaba. Lo que supone, metodológicamente, rechazar el supuesto teleológico de que la historia sigue ciertas ‘leyes objetivas’, y si lo hiciese, no sería válida en todo lugar y momento.

⁷ Bien menciona Ardit (1989a), que Lysenko, siguiendo las órdenes de Stalin, acusó a la teoría de Mendel de ser una teoría ‘reaccionaria’ y nada más el materialismo dialéctico es la ciencia progresista.

Arditi (1989a) culmina diciendo que no basta con cercar la teoría marxista con un discurso científico para convertirlo en una ‘guía’ privilegiada para la lucha. Ya que resulta evidente, que cada día, se hace más imposible la primacía de tal o cual teoría o proyecto sobre la base de una verdad. El autor enfatiza, en cambio, que es necesario tener en cuenta la preferencia por el socialismo y no el fascismo, el imperialismo u otra perspectiva, puesto que, depende “de la posición que se adopte frente a ella” (Arditi, 1989a, p. 66). Pero esto no corre por decisiones lógico-racionales, sino que puede ser por indignación por los sucesos sociales, por una predisposición sobre éticas de solidaridad o sobre los desencantados de las formas de vida basadas en el consumismo, etc. (Arditi, 1989a). Además, no se puede convertir una teoría revolucionaria en una fortaleza incuestionable a toda duda. Ya que lo ‘revolucionario’ indica movimiento, mutación y cuestionamiento. Este aspecto es más que esencial, pues pone sobre la mesa todo ‘manual’ o ‘recetario’ sobre cómo hacer la revolución y rescatando así las lecturas creativas, por ejemplo, las lecturas de Castoriadis.

Discutir: Bloque Práctico-Político del Marxismo

El segundo bloque, a diferencia del primero que acentuaba y cuestionaba el elemento de verdad del discurso marxista, busca abordar la cuestión del sujeto, y en específico, la figura del proletariado y el partido. En el capítulo 4, “Adiós al obrerismo. La cuestión del sujeto”, expresa Arditi (1989a), “la tradición marxista-leninista ha tendido a transformar a una clase social, el proletariado, en el alfa y el omega del sujeto socialista, y a convertir el obrerismo en ideología oficial del pensamiento político-partidario” (p. 71). Por otro lado, en el capítulo 5, “Adiós al vanguardismo. La cuestión del partido”, se centra en discutir el papel del partido como movilizador social, en especial, a partir de las reflexiones de Marx y Lenin. Dice el autor, “si con Marx se establecía la idea del partido como expresión de una clase social, representante de sus ‘intereses’ y anhelos, con Lenin ello se profundiza y se

modifica; el partido se transforma en vanguardia de clase” (Arditi, 1989a, p. 104).

Ambos capítulos siguen la estela foucaultiana del análisis discursivo. El capítulo 4, siguiendo con lo que se mencionó arriba, en primera instancia, desarma el esencialismo que recubre la idea de “clase” como identidad colectiva. Puesto que, en palabras de Arditi (1989a) “la forma-clase, como cualquier otro tipo de identidad colectiva, debe ser forjada desde el momento en que es concebida como *constructo* antes que como *esencia*” (p. 73, cursivas del autor). Analizando las obras de Marx, Arditi (1989a) arguye que cualquier instancia esencialista debe ser desechada, y que la práctica organizativa, en perspectiva de clase, debe entenderse como “masas amorfas”. Si bien el autor prosigue en su exposición abordando el tema de la relación entre el trabajador asalariado y el gremial, lo precedido muestra el tratamiento que realiza sobre la cuestión de “clase”. Esto lo vuelve a retomar en páginas posteriores, cuando aborda el problema de la relación entre saber y acción, poniendo en tela de juicio el elemento de clase como “único referente para la construcción de identidades sociales” (Arditi, 1989a, p. 79, cursivas del autor), ya que impone un cierre a las nociones de sujeto y antagonismo. De todo esto, se desprende la inevitable crisis del obrerismo, y en específico, su reducción de clase, mostrando que los movimientos emancipatorios van más allá de las propias configuraciones que ha planteado el marxismo. Y, además, la evidente proliferación en identidades y movimientos sociales nuevos en relación con la constelación tradicional, que van de mujeres, negros, inmigrantes, homosexuales a pacifistas, hippies o ecologistas (Arditi, 1989a).

Ahora, si bien en el capítulo 4 el eje está en el obrerismo y la cuestión de “clase”, Arditi, en el capítulo 5, pasa a desarmar lo que rodea a la figura de la vanguardia y su relación con el partido. Como bien se dijo en la introducción del apartado, la figura central, además de Marx, es Lenin. El

autor paraguayo subraya que después de la Revolución Rusa, la organización política comienza a tener relevancia innegable para el cambio colectivo, es así que toda técnica o programa adquiere centralidad a lado del *partido* (Arditi, 1989a). A esto se lo puede llamar paradigma leninista, caracterizado como un modelo de organización, fomentando la hiper-racionalidad como elemento de acción y cálculo, alejado de toda incertidumbre. Esto conlleva que se dé una centralización, una conexión entre partido y estado, monopolizando el poder social y político, todo esto arbitrado por una “vanguardia” (Arditi, 1989a). Si bien el paraguayo no desestima el aporte leninista, sí lo critica en cuanta categoría inamovible, ya que se convierte en un obstáculo para repensar un socialismo democrático.

Además, presuponer que el partido es la expresión objetiva de la clase obrera, peca al sostener que existen *primero* los intereses y *después* la expresión política. Para Arditi (1989a) todo esto resulta problemático, puesto que en su ejercicio de representación no hacen más que caer en un juego universalista. Olvidando el carácter “constructivo” de los objetivos, que varían en el curso del tiempo y también en las sociedades, “por lo cual no se puede considerar a esos ‘intereses’ como algo universal y determinable de una vez por todas” (Arditi, 1989a, p. 105). Siguiendo con esto, la concepción de partido de vanguardia, abordado por Lenin, llega al paroxismo con Stalin, ya que “estableció su interpretación de Lenin como la única interpretación posible y se autoproclamó continuador del leninismo” (Arditi, 1989a, p. 110), excluyendo toda forma alternativa hermenéutica, constituyendo la consolidación de un aparato burocrático autoritario.

Foucault para el Socialismo Democrático

Los apartados abordados marcan el uso foucaultiano, realizado por Arditi, para pensar un socialismo de corte democrático, tan en boga en los años 80. Como se pudo ver, los elementos esencialistas y universalistas del discurso

marxista-leninista son puestos en el tazón, para discutirlos y comprender que todo andamiaje, a pesar de los logros de la Revolución Rusa y sus efectos posteriores, marcan uno de tantos discursos socialistas y no el único para pensar el horizonte emancipatorio. Esto va asociado a nuevas circunstancias políticas e intelectuales dentro de un contexto donde “se quiere ser socialista, pero se sospecha del marxismo luego de más de una década de ‘crisis del marxismo’” expresa Ardit (1989a). Los discursos totalizadores y certezas se encuentran ya debilitados, y por supuesto, requiere una recomposición, entendiendo al socialismo como un ‘*ethos*’, como un proyecto igualitario, democrático y libertario, que atienda la complejidad y la propia excentricidad de lo social (Arditi, 1989a). En suma, el caldo de cultivo que nutrió Foucault a Ardit en los primeros años de los 80, con la crisis del marxismo, permitió condicionar el estatus político y epistemológico hacia un enfoque posmarxista y como bien dice Canavese (2015) “Foucault podía ser leído ya como blanco de la disputa o bien como simpatizante del campo de análisis marxistas” (p. 110-111).

Foucault y la Política Posmoderna

La figura de Foucault se quiera o no hasta ahora se encuentra asociado a la posmodernidad. Por más que el pensador francés, en una entrevista realizada por Gérard Raulet, en 1983, restaría importancia a la existencia de algo así llamado “pensamiento posmoderno” (Foucault, 1999, p. 323-324), su nombre se encuentra ligado a una corriente que a mitad de los 80 y 90 ha tenido gran repercusión⁸, y Latinoamérica no es la excepción.

⁸ Si bien la intención del presente apartado no es abordar la problemática de sí, Foucault es o no es posmoderno, ya en 1983, en unas conferencias que Habermas pronunció en Collège de France, y que posteriormente darían pie a su libro *El discurso filosófico de la modernidad*, publicado en 1985, ya acusaba al francés de pertenecer al proyecto posmoderno iniciado por Nietzsche. En la Argentina, a principios del 90, Juan José Sebreli, en su libro *El asedio a la modernidad*, también ponía al francés como referente de la posmodernidad. Ver: Habermas (1993); Sebreli (1991).

Para Pinto Mosqueira (2002), la recepción de los debates posmodernos en Latinoamérica, no llega con ingenieros ni con filósofos, sino, sobre todo, con los científicos sociales (sociólogos, politólogos o economistas) y después antropólogos y comunicólogos y más tarde, filósofos (p. 43). Por ejemplo, se puede citar dos eventos organizados por el grupo de trabajo de la CLACSO, en Buenos Aires, primero, el seminario “Teoría del Estado y de la Política”, realizado en septiembre de 1985 y publicado bajo el título de *Cultura política y democratización* en 1987; segundo, el simposio titulado “Identidad Latinoamericana, premodernidad, modernidad, posmodernidad” llevado a cabo en octubre de 1987 y publicada con el rótulo de *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna* en 1988.

La particularidad de ambos acontecimientos, más allá de la introducción de los debates posmodernos en las ciencias sociales, es la aparición de Benjamín Ardití en ese escenario. Resaltan los escritos “Una gramática posmoderna para pensar lo social” de 1987 y “Expansividad de lo social, recodificación de lo político” de 1988, publicados en los libros de la CLACSO ya mencionados arriba⁹, donde se puede ver la articulación de la teoría posmoderna y los movimientos sociales. Sobre esto, en la introducción al libro *The Postmodernism Debate in Latin America*, John Berley y José Oviedo reconocían que “Una gramática social para pensar lo postmoderno”, era uno de los mejores ensayos latinoamericanos sobre la nueva lógica de los movimientos sociales (Berley y Oviedo, 1995, p. 15). Además, los artículos “El deseo de la libertad. La dialéctica y la cuestión del otro” de 1986, “El circuito norma-diferencia y los micropoderes” de 1988, “Intelectuales y política en la izquierda Latinoamericana” de 1990,

⁹ Cabe decir que la edición del 2017 de *Imágenes desconocidas*, no incluye el escrito “Expansividad de lo social, recodificación de lo político”, los motivos escapan a la investigación. Ver: Lechner, N. (Comp.) (1987); Calderón, F. (Comp.) (1988).

publicados en la revista David y Goliath; “Microfísica, poder, totalidad social” de 1990, publicado en la revista chilena Crítica Cultural, son muestras claras del uso que realizaba Arditi del cóctel teórico posmoderno¹⁰. Es importante resaltar que, como bien sostiene Cáceres Mercado (2011), la teoría posmoderna fue una herramienta eficaz, en las ciencias sociales, para pensar caminos alternativos al contexto de la época y por supuesto, aquí, volviendo a resaltar, Foucault era capital.

Si *DeS* reunía los escritos teóricos sobre la crisis del marxismo de 1982 a 1984, sus obras *El deseo de la libertad y la cuestión del otro: Posmodernidad, poder y sociedad*, de 1989, y *Conceptos. Ensayos sobre teoría política, democracia y filosofía*, de 1991, reúnen sus estudios sobre pensamiento político y social posmoderno, ambos publicados por la editorial RP Ediciones y Criterio ediciones¹¹. Cabe indicar que tales trabajos están asociados, a su estancia como investigador y jefe de Área de Análisis Político y Teoría Social en el Centro de Documentación y Estudios (CDE), en Asunción, Paraguay, de 1985 a 1992. En resumidas cuentas, es el “momento posmoderno” de Arditi.

Micropoderes y Ampliación del Campo Social

A diferencia del “momento posmarxista” de Arditi, donde resaltan el uso foucaultiano para desarmar las bases discursivas del marxismo-leninista, en el “momento posmoderno” se da una valoración constructiva de crítica, es decir, el autor pone a funcionar una batería de teorías contemporáneas para plantear alternativas a modelos perimidos de la modernidad. En *El deseo de la libertad*, se puede observar la amplia influencia que ejerce Foucault en

¹⁰ Ver: Arditi, 1986; 1988; 1990b; 1990c.

¹¹ En este apartado, se toma como centrales sus libros más teóricos, sin descartar la incidencia de la teoría posmoderna y la de Foucault en *La sociedad a pesar del Estado* de 1987 y *Adiós a Stroessner: La reconstrucción de la política en el Paraguay* de 1992. Ver: Arditi y Rodríguez, 1987; Arditi, 1992.

Arditi, pues claramente, la notable teoría del poder marca el itinerario del libro¹². Sobre este punto, el primer capítulo “El deseo de la libertad. (La dialéctica y la cuestión del Otro)” aborda las limitaciones que se encuentran en la dialéctica de corte hegeliano-marxista, ya sea como explicación totalizadora del campo de conflicto social y las determinaciones relacionales entre “uno” y lo “Otro”. Arditi (1989b) cuestiona la teoría del amo-esclavo hegeliano y su formulación marxista, entendida como relación entre proletario-capitalista, dado que en su ejercicio racional-dialéctico deja de lado todo riesgo, incertidumbre e indeterminación. Obviamente, aquí se resume en demasía la explicación que realiza Arditi, pues lo que se quiere resaltar es que, ante esas posiciones, asume la posición foucaultiana, del poder como producción, o sea, en toda relación de poder existen estrategias de lucha, no hay una clara determinación dialéctica-racional de “uno” sobre el “Otro”.

En el siguiente capítulo, “El esquema norma-diferencia y los micropoderes” plantea “un esquema sencillo para pensar lo diferente dentro de un dominio regulado” (Arditi, 1989b, p. 45). Para tal propósito, lejos de sostener un análisis micro o macro, existe un circuito común que es presentado de la siguiente manera “norma - diferencia - transgresión - disciplinamiento”. El presupuesto que utiliza Arditi, es la dimensión positivo-productiva del poder sostenido por Foucault, como se podrá ver a continuación.

Para Arditi (1989b) toda organización política o agrupación se funda en una serie de “normas” que poseen un carácter organizativo, administrativo, jerárquico o técnico, marcan las “reglas de juego”, todo esto otorga un ropaje identitario que da sentido a sus acciones. Pero, “ni la identidad ni el sentido

¹² Arditi se vale de los siguientes textos de Foucault: *La arqueología del saber; El orden del discurso; Vigilar y Castigar; Historia de la sexualidad. Vol. 1; Microfísica del poder; “El sujeto y el poder”;* “Política y ética: una entrevista”; “Polémicas, política y problematizaciones”. Ver: Foucault, 1969; 1970; 1975, 1976, 1977, 1982; y Rabinow, 1984.

de las acciones se derivan por completo de la normatividad que las rige: siempre existe, en mayor o menor medida, un cierto *parámetro de variación*” (Arditi, 1989b, p. 46, cursivas del autor), puesto que la relación entre normatividad y prácticas cotidianas son los elementos internos que configuran o definen las situaciones nuevas o imprevistas, es decir, crean la normalidad. Igualmente, dice el autor, que la normalidad no puede abarcar la totalidad de las “experiencias cotidianas”, siempre existen “diferencias” ante lo establecido. Los ejemplos que utiliza Arditi (1989b) son el de la homosexualidad frente a la normalidad heterosexual; mujeres que no se someten al entorno machista; minorías religiosas que no practican el culto dominante, “(t)odos ellos son *diferencias* dentro de los dominios de la sexualidad, el género y la religiosidad” (p. 47, cursivas del autor). Estas diferencias ante la norma, se convierten en “transgresiones o desviaciones” y dentro del dominio de regulación, no son otra cosa que estrategias de dominación para ser controladas mediante criterios de lo válido y lo normal. Para Arditi (1989b) esto se resume en una economía de la opresión y en la lógica de identidad; el primero se apoya en la articulación de formas de saber y prácticas de poder que dan como efectos tácticos de “control, exclusión, disciplinamiento o represión” (p. 51); el segundo, guarda relación con la obsesión de controlar la diversidad alrededor de un núcleo homogéneo, es decir, la identidad, aquello que no es igual a sí mismo.

El ejercicio arditiano defiende un pluralismo ante los postulados mencionados arriba. Arditi es consciente que la cuestión no es adoptar una postura excluyente, es decir, apostar por la norma o la diferencia, sino más bien “crear un espacio *normal* donde haya cabida para un pluralismo entendido como multiplicidad de opciones” (Arditi, 1989b, p. 55). Y aquí el problema no es reducir al plano del saber tal apuesta, sino que la opción se ubica también en el plano valorativo (elección y conflicto). Libertad, justicia, igualdad y democracia son los valores que adopta Arditi para poder pensar

la diferencia, desglosando cada uno de ellos y cuidando en no caer en esencialismos ni en totalizaciones. Por eso, nuevamente utiliza la teoría del poder, o “micropoderes” para hablar de la resistencia, como prácticas políticas amplias, ya no solamente en cuestiones partidarias, sociales o gremiales. Además, el poder no funciona en una sola esfera, o sea, no se monopoliza en el estado, el sistema político o la poseedora de los medios de producción, en síntesis, no es una sustancia que se puede poseer o tomar. Ahora, de eso, se desprende, expresa el paraguayo, que no necesariamente se tiene que elaborar una estrategia global de lucha, puede ser, también, estrategias locales o regionales para transformar el espacio social (Arditi, 1989b). Obviamente, no se busca caer en la trampa macropolítica o micropolítica, “sino más bien modificar una concepción restrictiva del poder, las luchas y los cambios de manera tal de pensar formas de lucha acotada a los intereses de los particularismos, pero también *formas de articulación entre lo local y lo global*” (Arditi, 1989b, p. 64, cursivas del autor).

Ya en el capítulo anterior se veía cómo Arditi se valía de la teoría del poder de Foucault para presentar un esquema que pueda servir para atender la norma y la diferencia. En el tercer apartado, “La posmodernidad como coreografía de la complejidad”, se fija en la “sensibilidad posmoderna” para reflexionar modos de ver y pensar con relación a la complejidad de lo social. Son cinco puntos claves que resumen el trabajo: 1) cuestionamiento al proyecto ilustrado y su desencanto hacia las certezas platónico-cartesianas; 2) no existe una ruptura radical entre modernidad-posmodernidad, siempre hay residuos que hacen se abran espacios de diversificación y diferenciación, anunciando la complejización de vida social; 3) se cuestiona la sustancialización del poder, puesto que existen intersticios que no logra dominar, entendidas como microclimas y micropoderes; 4) reivindicación a la diferencia y formas de vida alternativas; 5) los puntos aludidos tienen

como efecto, la constitución de la “expansividad del territorio societal”, cuya complejización echa por tierra la distinción entre lo público y lo privado, y por ende, de los actores políticos y sindicales (Arditi, 1989b, p. 71-8).

El último capítulo, “Una gramática posmoderna para pensar lo social”, busca acentuar la perspectiva antiautoritaria y los elementos libertarios que gestan en los nuevos movimientos sociales e iniciativas sociales. Sostener tal visión, apunta a realizar un desplazamiento y recomposición de las posiciones, valores y eficacias en torno a los modelos, de ver, aprehender y hacer en el mundo (Arditi, 1989b). Esto implica tensionar el nexo entre el movimiento y el conocimiento social, muchas veces configurado sobre presupuestos planteados en los siglos XVIII y XIX, heredados del racionalismo ilustrado y del positivismo europeo. La propuesta de Arditi (1989b) es sostener que existen una pluralidad de elementos constitutivos de lo social y también, “que la mutación de esa totalidad social está ligada a los procesos que se desarrollan al interior del núcleo fundamental” (p. 87). Es así que se han de reconocer el surgimiento de nuevos *sujetos* y *movimientos sociales*, tanto en Europa y América Latina, donde la opresión y la resistencia se da en diferentes formas, que no se remiten a una sola matriz, mostrando una gama novedosa (ecologistas, pacifistas, mujeres, pobladores, inquilinos, estudiantes, etc.); desplazando los cálculos políticos y estratégicos de las fuerzas sociales tradicionales a microclimas de relaciones en una sociedad. Resalta Arditi (1989b) que no existe ya un lugar privilegiado, al menos *a priori*, es así pensar en alguna figura de la *sociedad* debe percibir y valorar el potencial emancipatorio en el terreno de lo *social*. Frente a eso, como bien se puede notar, el aporte de Foucault, resulta clave para pensar las nuevas categorías emergentes, de las cuales la propuesta del

paraguayo, valiéndose de sus lecturas, se denomina “política de los espacios”¹³, que se plantea de la siguiente manera:

(...) un tipo de accionar estratégico de actores sociales que intentan eludir y revertir la represión estatal dirigida a jibarizar los espacios de disidencia pública y atrofiar el fortalecimiento o crecimiento autónomo de una sociedad civil, a la vez designaría un accionar que trata de eludir los frenos e inhibiciones que el sentido común imperante impone a lo nuevo. Consiste en tomar por sorpresa a los tiranos, a los opresores y a sus fuerzas, haciendo surgir alternativas en lugares donde se las esperaba, en los rincones y pliegues societales poco controlables por el poder establecido (Arditi, 1989b, p. 104).

Democracia y Posmodernidad

Como bien expresa Canavese (2015), “la democracia llegaba a América Latina proponiendo concertar pluralidad y diferencia” (p. 165), de la cual venía acompañada de cierto “desencanto”, es decir, los debates sobre la posmodernidad venía aparejada con la “transición a la democracia” y una desconfianza a las categorías de la modernidad. El ejemplo claro de dichos acontecimientos se puede ver en el libro *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política* de Norbert Lechner de 1988, donde resaltan los artículos “De la revolución a la democracia”, “La democratización en el contexto de una cultura posmoderna” y “Ese desencanto llamado posmoderno”. Dice el alemán-chileno respecto a la democracia:

La misma democracia no sólo refleja la pluralidad de intereses y opiniones, sino que es a su vez objeto de muy distintas interpretaciones. Tratando de explicarme esa diversidad nace mi preocupación por el imaginario político, o sea, por las imágenes que nos formamos de la sociedad en tanto producción colectiva-conflictiva de un orden. No hay una finalidad de la historia fijada de antemano y cada época, cada grupo define a partir de su experiencia el sentido del orden. (Lechner, 1988, p. 16-17)

¹³ La cuestión de la “política de los espacios” aparece en la última parte de *El deseo de la libertad* y ampliado en el artículo “Post-hegemonía: la política fuera del paradigma postmarxista habitual”. Ver: Arditi, 1989b, 2010.

Teniendo en cuenta la cita de Lechner, se puede visualizar la coyuntura de la época, de la cual el paraguayo estaba muy al tanto y lo aplica al contexto paraguayo. Para Ardití (1991) es indispensable ampliar la radio de análisis social, soltar elementos esencialistas para replantear una recodificación de lo político y pensar en la conformación de un espacio autónomo para la acción político-partidaria, por un lado, y por otro, la no reducción de lo político a lo partidario, además, atender la incertidumbre y estabilidades que aparecen en el escenario democrático.

Con respecto a eso, el libro *Conceptos. Ensayos sobre teoría política, democracia y filosofía* busca atender a tales problemáticas, en específico: “Poder, orden político y la cuestión democrática”, “Expansividad de lo social, recodificación de lo político” y “Algo sobre heterodoxia e incertidumbre en el debate democrático (a propósito de una intervención de Albert O. Hirschman)¹⁴.

El primer artículo, “Poder, orden político y la cuestión democrática”, partiendo de la perspectiva positiva-productora del poder foucaultiano, analiza la constitución del orden político y el papel del Estado. Teniendo en cuenta, dice Ardití (1991), que la sociedad es la cristalización institucional de las relaciones de poder, ya sea democrática o autoritaria, se puede suponer:

(...) la existencia simultánea de dos elementos conexos [en la sociedad]: de un *orden*, en lo que toca a la estructuración duradera y relativamente estable de un espacio en el cual puedan surgir y desenvolverse fenómenos, procesos, relaciones e identidades de diverso tipo, y una *normatividad*, en el sentido de pautas referenciales y prescriptivas que permitan regular las prácticas que se desarrollan en torno a esos fenómenos, proceso, etc. (Arditi, 1991, p. 13-14, cursivas del autor).

¹⁴ Si bien en *Conceptos*, existen más artículos, en este apartado se busca abordar la cuestión democrática y lo posmoderno. Los últimos capítulos trabajan aspectos en torno a la función de los intelectuales como elementos epistemológicos; sobre este último aspecto, Cáceres Mercado (2011) se ha encargado de trabajarla.

Orden y normatividad son los elementos que el pensador intenta bosquejar. Por ejemplo, en Carl Schmitt y la cuestión del “orden jurídico”, Ardit (1991) expresa que es el soberano quien *decide* sobre conflictos entre grupos con intereses contrapuestos, la función de soberanía es el monopolio de la decisión. Sobre el “elemento decisionista”, Ardit menciona dos aspectos: 1) el Estado, en tanto soberano, es el que mantiene el orden en su totalidad, en tanto mando supremo; 2) respecto a los sistemas normativos, en su ejercicio siempre se da una “autoridad interpuesta”, es decir, la idea del derecho no puede realizarse a sí misma, en realidad la “decisión” sobre tal o cual ley no se encuentra ausente, no puro. Lo que busca acentuar con esto el paraguayo, es el papel de lo que él denomina “decisionismo” en la constitución de un orden político, en su doble cara, relaciones de poder asimétricas y producción (jugando con teoría foucaultiana, schmittiana y weberiana) para pensar una distinción “un ordenamiento autoritario y otro democrático” (Arditi, 1991, p. 18). Acerca de tal distinción, el paraguayo enuncia lo siguiente:

En el caso autoritario, el aspecto productivo y eminentemente racionalizador del poder queda opacado en gran medida, puesto que se privilegia la dimensión asimétrica como principio rector del relacionamiento entre los que mandan y los que obedecen: lo productivo queda circunscrito a la construcción y el mantenimiento de un orden rígidamente jerárquico y vertical, sin fracturas, cerrado y poco proclive al reconocimiento de la validez de propuestas que no surgen de los núcleos de decisión, sean estatales o no. Por contraste, si bien es cierto que la puesta en práctica de un ordenamiento democrático no elimina el elemento decisionista del mando, su funcionamiento incorpora la posibilidad real y permanente de una *negociación* con propuestas que surgen fuera de los núcleos de decisión. (Arditi, 1991, p. 19)

Sobre esto y llevando a la experiencia latinoamericana, siguiendo a Angel Flisfish, que apunta al problema abordado, habla de dos modalidades genéricas de construcción de orden político. Primero, “la imposición *unilateral* de rutinas y relaciones” que privilegia el modelo estatal y sus

posibilidades de ejercicio; segundo, “la elaboración contractual de rutinas y relaciones” que privilegia la producción colectiva y cooperativa del orden a partir de la interacción entre actores (Arditi, 1991, p. 20). La primera, obviamente, intenta construir un orden político “desde arriba”, reivindicando el elemento decisionista comando-obediencia de corte hobbesiano, dice el paraguayo, “se trataría de un ordenamiento estatal con vocación ‘omnívora’ y *desmovilizadora*” (Arditi, 1991, p. 20, cursivas del autor)¹⁵ donde el conflicto y el disenso son elementos que atentan a la autoridad del soberano. La segunda, intenta construir un orden político “desde abajo”, donde se reconoce el carácter conflictual de la vida social, donde se “cuenta con los mecanismos para luchar por su existencia como diferencia legítima” (Arditi, 1991, p. 21).

La apuesta de Arditi (1991) apunta a la segunda modalidad de orden político, es decir, la democrática, que permite “la vigencia de libertades y el ejercicio de un control sobre el poder estatal” (p. 23), privilegiando otro lugar institución, la sociedad política. Lejos de las propuestas de Locke, o sea, restricción ciudadana y deliberación, que se desarrollan en un cuerpo político, o de un esquema clásico de Estado democrático, con un jefe de Estado, estamento tecnocrático, aparatos de Estado y legitimación plebiscitaria (Arditi, 1991, p. 23). Si no más bien, una “sociedad política desarrollada, con un cuerpo universal de ciudadanos, políticos y otros sectores organizados y estructuras territoriales de representación política” (Arditi, 1991, p. 24). El pensador paraguayo apunta a tres cuestiones que ayudaría a una sociedad política: 1) un tejido institucional en cuyo seno se desarrolle procesos de comunicación y deliberación pública entre los actores; 2) un haz de actores que, al enfrentarse, produzcan estrategias cooperativas no reducidas a un actor monológico; 3) asumir la potencialidad

¹⁵ Para profundizar este aspecto en términos locales, se puede ver el artículo “El Estado omnívoro. Poder y orden político bajo el stronismo” (Arditi, 1992).

de un relacionamiento entre actores, sin negar el antagonismo (Arditi, 1991, p. 25). En resumen, este modelo asume la lógica y dinámica de la sociedad política y no la estructura estatal, lo cual favorece el proceso de democratización, donde sociedades políticas y civiles activan focos estratégicos en una concertación negociada, y por, sobre todo, habilita la alternancia en el gobierno. Pero para que esto se dé, requiere de tres condiciones, expresa Arditi (1991): 1) la revitalización del quehacer partidario; 2) recomposición del tejido institucional de la propia sociedad; 3) redefinición del nexo entre Estado, sistema político y organizaciones sociales (p. 25-26).

El segundo artículo, “Expansividad de lo social, recodificación de lo político”, amplía la perspectiva del “orden político democrática” y la no reducción a los partidos políticos, puesto que el autor considera que es ineludible atender a los “nuevos sujetos sociales” y los movimientos sociales emergentes¹⁶ en la consolidación del quehacer político. Para Arditi (1991), tanto partidos políticos y movimientos políticos son complementarios, ya que “en función de la producción de saberes locales [son] capaces de impulsar la participación y el igualitarismo, por un lado, y de generar políticas públicas sectoriales, por otro, colocando la cuestión democrática como un lugar de primer orden. El autor es muy consciente que se debe pensar en la situación latinoamericana, y no solamente importar la teoría europea a esta región, por eso dice que “hay que pensar qué significa hablar de la irrupción de esta preocupación en el plano ‘periférico’, ‘tercermundista latino’ de la posmodernidad” (Arditi, 1991, p. 30), aludiendo claro, a la preocupación democrática. Por supuesto, aquí aparece el dilema crucial sobre la transformación de las formas clásicas de entender y hacer política

¹⁶ En torno a los movimientos sociales en Paraguay, el trabajo escrito a cuatro manos de Benjamín Arditi y José Carlos Rodríguez, *La sociedad a pesar del Estado. Movimientos sociales y recuperación democrática en el Paraguay*, es más que ilustrativo. Ver: Arditi y Rodríguez, 1987.

en Latinoamérica. No es lo mismo Europa que Latinoamérica, puesto que las experiencias son distintas y la recodificación política va más allá de las categorías eurocéntricas (liberalismo, marxismo o socialdemocracia). Expresa Ardit (1991) que es posible al menos una intuición, “se percibe un impulso expansivo del terreno de lo social y una ampliación del campo de relaciones de lo político más allá de lo político-estatal” (p. 31-32).

Para poder realizar dicha recodificación, Ardit (1991) se vale de la genealogía del surgimiento del Estado realizada por Foucault, en su “Curso del 14 de enero de 1976”¹⁷, partiendo del modelo de soberanía propuesto por Maquiavelo, Bodin y Hobbes entre los siglos XVI y XVII y posteriormente la consolidación de los Estados en el siglo XVII y XVIII, donde analiza sus características generales: monopolio del Estado por parte del monarca y los poderosos señores al mando; el nacimiento de la burguesía liberal y su participación en el espacio político. Ya en los siglos XVIII y XIX, la burguesía liberal se había hecho con un espacio político importante, conquistando derechos y postulando la distinción entre el *ámbito estatal de lo público* y el *ámbito social de lo privado*; más adelante emerge la figura de la soberanía popular de corte rousseauiano o la soberanía nacional promocionada por Sieyés, con todo esto, la burguesía adquiere hegemonía y pierde monopolio el Estado. Con todo esto, ya en apogeo de la sociedad industrial, aparece una nueva capa de excluidos, los obreros proletarios, que luchan por sus derechos e intereses. Con el sufragio universal, la burguesía veía peligros en los obreros, puesto que a estos últimos se daría voz y restaría poder a los primeros, pero como bien dice Ardit (1991), estaban en lo correcto, pero también su miedo era infundado. *Correcto* porque con la incorporación de los obreros en el sistema política, sí tendrían voz; *infundado*, porque no derrumbo las creaciones de la burguesía (sistema

¹⁷ Ardit se vale de la clase que aparece en *Microfísica del poder*. Ver: Foucault, 1977.

jurídico, libertad intelectual, respeto de los derechos individuales), al contrario, ampliaron la legitimación consensual del poder político (p. 39). Es así que esto proporcionó el paso del Estado liberal al Estado liberal-democrático, poniendo las íes sobre la lucha electoral entre diversos actores, que intervienen mediante partidos políticos. Teniendo en cuenta esto, Ardití (1991) analiza la perspectiva de Hans Kelsen, que, para el autor, es uno de los grandes referentes de lo que se puede entender como la reducción de lo político estatal al único actor, el partido político. Como efecto, aparece el problema de la representación partidaria, lejos de las utopías rousseauianas de democracia directa, la complejidad hace poco realizable tal sueño, pero con ello también se admite la caducidad de proyectos autoritarios. La excentricidad social y la opacidad del mundo, hacen que ambas posturas se encuentren limitadas a “perspectivas de corto plazo y a ámbitos o esferas acotadas de actividad” (p. 45). Ante eso, Ardití (1991) dice que se hace necesaria alguna forma de *democracia indirecta*, que no se agote en lo partidario, pero que atiende a los nuevos movimientos — cuestión que ya se mencionaba arriba—, resultado del mayo del 68 y las perspectivas libertarias¹⁸, cuestionando cualquier elemento mesiánico. Entonces, la forma tradicional de pensar la política es ampliada, acentuadas en tácticas locales y estrategias en conjunto, esto, según el paraguayo, se puede entender gracias a los aportes que el propio Foucault cuestiona a la centralidad del Estado, y permite ir más allá de lo estatal.

Hasta aquí se realizó un resumen, a grandes rasgos, de cómo Ardití se valió de la teoría posmoderna, en especial de Foucault, para trabajar la cuestión democrática y, para sostener una democracia, por decirlo de alguna manera, ampliada. Como bien dice Hopenhayn (1994), los debates surgidos en Latinoamérica, alrededor del posmodernismo y democracia, ponen en tela

¹⁸ No confundir con las variantes anarcocapitalistas, norteamericanas y conservadoras.

de juicio los siguientes puntos: la idea de progreso, la idea de vanguardia, las ideologías o la idea de modernidad integradora. Si uno atiende al proyecto arditiano, podrá darse cuenta, al menos para ese momento, es la de ir más allá de los marcos establecidos, atender espacios emergentes y valerse de la teoría crítica posmoderna para alentar espacios de disidencia dentro mismo de la democracia.

Gilberto Giménez: Entre el Análisis del Discurso, la Ideología y el Poder¹⁹

Gilberto Giménez es un sociólogo paraguayo exiliado de la dictadura stronista en 1970. Antes de su exilio, era el director del periódico “Comunidad”, clausurado por discordancias con las políticas del Partido Colorado²⁰ (Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 2020; Soler, 2014). En 1973, se ubica en México y se suma al Departamento de Sociología de la Universidad Iberoamericana, hasta 1979. En 1978 se adscribe como investigador a la Coordinación de Humanidades de la UNAM, donde realiza una investigación sobre el análisis del discurso jurídico; fruto de ello, publica el libro *Poder, estado y discurso* de 1981. En 1982 se incorpora al Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, donde comparte espacio con Benjamin Ardit —como se había subrayado al principio—. Punto importante es que, en 1984, —año de la muerte del pensador francés—, con la inauguración de las instalaciones de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, se celebra un coloquio “La

¹⁹ Muchos de los textos de Gilberto Giménez son de difícil acceso, pero gracias a la gestión de Juan Bogado, sociólogo paraguayo, que actualmente se encuentra realizando su posgrado en la ciudad de México, se pudo conseguir material indispensable. Este apartado va dedicado a su persona.

²⁰ El Partido Colorado, también conocido como Asociación Nacional Republicana (ANR), es el partido más popular de Paraguay y donde uno de sus miembros fue el dictador Alfredo Stroessner.

herencia de Foucault”, donde Giménez participa con otros académicos de renombre, con el propósito de comentar las obras foucaultianas.

A diferencia de Arditi, que como se vio en el capítulo anterior, Foucault aparece con relación a ciertas problemáticas propiamente marxistas, como la crisis del marxismo y la posmodernidad; Giménez, en cambio, alejado de la tradición marxista y encuadrado especialmente en la vertiente epistemológica, se enfocará en temas como la verdad, el discurso y su relación con el poder (Leyva Martínez, 2013). Lo que a continuación se presenta, muestra dichos elementos mencionados.

Foucault: Análisis del Discurso e Ideología

Para hablar de la relación entre Foucault, el análisis del discurso, la ideología y el poder en Giménez, necesariamente se tiene que realizar una contextualización de la época. Los primeros trabajos del paraguayo, publicado en las revistas *Christus* y *Semiosis*, se encuentran marcados por la Escuela Francesa de Análisis del Discurso, es decir, Michel Pêcheux y su equipo de investigación, puesto que en los 70 tuvo un gran impacto en el mundo académico mexicano. El ejemplo es el seminario internacional “El discurso político. Teoría y análisis”, llevado a cabo en 1977, en la UNAM, con miembros de la institución como invitados internacionales. Dentro de la misma destaca la figura de Giménez, quien se encarga de estudiar el análisis del discurso y su relación con la ideología.

Respecto a sus obras de los años 70 resaltan: “Lingüística, semiología y análisis ideológico de la literatura” de 1976, “Teorías sobre las ideologías. Estado actual de la cuestión” de 1980²¹²². Después de los años 80, el libro

²¹ Este trabajo fue la transcripción de la presentación de Giménez en el seminario “El discurso político. Teoría y análisis”. El texto se publicó en el libro *El discurso político* (1980), coordinado por Mario Monteforte Toledo.

²² Aquí no se toma en cuenta el artículo “Nuevo enfoque sociológico de la semiótica literaria”, puesto que no aparece referencia explícita a Foucault, aunque se puede decir que es un texto afín a la problemática del análisis del discurso. Respecto al artículo “El

Poder, Estado y Discurso de 1981, “Foucault: poder y discurso” de 1987 y la introducción “El debate interminable en torno a la ideología”, en *La teoría y el análisis de las ideologías*, de 1988. Todos estos escritos son esenciales, puesto que marcan la lectura que realiza Giménez en torno al discurso, la ideología y el poder, de los cuales en mayor o menor medida la figura de Foucault aparece.

Complementariedad: Teoría Materialista del Discurso, Ideología y Poder

“Lingüística, semiología y análisis ideológico de la literatura”, “Teoría sobre las ideologías. Estado actual de la cuestión” y “El debate interminable en torno a la ideología” son textos complementarios. El primero de ellos busca plantear un “dispositivo metodológico mínimo para el análisis de las ideologías en el discurso” (Giménez, 1976, p. 270). Para tal propósito, Giménez inicia con la primera fundación de la lingüística, desde el estructuralismo de Saussure, pasando por la crítica del signo, Barthes y el “mito” como ideología, el análisis estructural de Propp, la semántica estructural de Greimas; posteriormente, se traslada a puntualizar las características de la segunda fundación de la lingüística, la teoría grammatical de Chomsky, además de Benveniste, Ducrot, entre otros. Dentro de este espectro, aparece la figura de Foucault como uno de los referentes de la “teoría materialista del discurso”²³. Dice Giménez (1976):

Dentro del ámbito teórico de la lingüística del discurso surgen, la mayor parte de las veces con carácter programático, diversos intentos de construir una semiótica materialista del discurso, preocupada por la inserción de la *práctica discursiva en el conjunto de las prácticas sociales*. (p. 325, cursivas nuestras)

análisis del discurso político-jurídico”, si bien aparece Foucault, el trabajo está incluido en el libro *Poder, Estado y Discurso*, que se abordará más adelante. Ver: Giménez, 1979, 1980a

²³ Para una ampliación del trabajo se recomienda el breve texto “Análisis materialista del discurso”. Ver: Giménez, 1991.

Las cursivas dan las pistas esenciales del acercamiento del paraguayo a Foucault, poniendo sobre la mesa las limitaciones de la lingüística y su teoría de la enunciación. Ya que, para esta teoría, el “sujeto de enunciación” es reducido a un plano empírico y psicológico, lejos de cualquier condicionamiento o determinación social o ideológica. Giménez (1976) utilizando el concepto de “práctica discursiva” desarrollado en el libro *La arqueología del saber* de Foucault, expresa que el discurso no es una “actividad libre”, sino que “el discurso, como práctica discursiva, es el resultado de un conjunto de determinaciones reguladas en un momento dado por una compleja red de relaciones con prácticas, discursiva y no discursivas” (Giménez, 1976, p. 326). Tal conceptualización le permite relacionarlo con la teoría de los “actos del lenguaje” de Searle y Austin, subrayando los rituales, convenciones y reglas que se constituyen en un contexto normal de los “performativos”. Pero, Giménez (1976), no se queda con familiarizar a Foucault con Searle y Austin, lo extiende hasta la teoría de la ideología de Althusser y sus seguidores, sosteniendo que “las formaciones ideológicas rigen a las formaciones discursivas” (p. 328), este punto es de resaltar, ya que permite unirlo con el siguiente texto.

Lo expresado anteriormente permite relacionarlo con el artículo “Teorías sobre las ideologías. Estado actual de la cuestión”, donde Giménez (1980b) realiza un análisis minucioso de la teoría de la ideología, partiendo de Marx y los modos de producción, para centrarse, después, en la teoría de la ideología de Althusser. Para el sociólogo paraguayo, Althusser es el centro neurálgico que permite entender los debates actuales sobre la ideología. Al respecto, dice Giménez (1980b): “Althusser ha sido —y sigue siendo— *el mayor provocador teórico en esta materia*. Podemos afirmar sin temor a exageración (...) que todo el debate actual sobre las ideologías, tanto en Europa como en América Latina, parte de Althusser” (p. 67, cursivas del autor). Siguiendo los esquemas planteados en los escritos, *La revolución*

teórica de Marx, Ideología y aparatos ideológicos de estado, La filosofía como arma de la revolución, entre otros, articula la singular actualización althusseriana de la ideología²⁴, lejos del economicismo y las lecturas hegelianas de la “totalidad social”, mostrando las problemáticas que emergen de las mismas. Cabe señalar, que además de todo eso, Giménez (1980b), se encarga de mostrar las propias autocríticas realizadas por Althusser a su teoría de la ideología y los conflictos que se han generado a partir del mayo del 68. Si bien la figura de Foucault no aparece en el artículo, es un excelente complemento para el siguiente trabajo de Giménez.

En “El debate interminable en torno a la ideología”, que es una introducción a un compilado de textos que abordan temas relacionados con la ideología, titulado *La teoría y el análisis de las ideologías*, analiza la filiación histórica del concepto de ideología y los problemas que surgen, partiendo del tema de “el fin de las ideologías”. Giménez (1988) cuestiona tales debates, sosteniendo que, al contrario, se da un renovado interés sobre la ideología, expresa el autor:

Pese a las repetidas profecías sobre su inminente desaparición, las ideologías se resisten a morir. No sólo siguen gozando de buena salud, sino que proliferan, se polarizan más que nunca y acentúan agresivamente su presencia en todas las contiendas políticas y sociales de nuestro tiempo. (Giménez, 1988, p. 11).

Este renovado interés por la ideología en las ciencias sociales, va más allá de la tradición marxista, dice el sociólogo, puesto que se puede observar en trabajos importantes sobre el tema después de la disolución del althusserianismo²⁵ (Giménez, 1988), desmintiendo cualquier “agotamiento de la teoría de la ideología”. Sobre esto, la figura de Foucault aparece, como

²⁴ Debido a la extensión del trabajo, no se detendrá a detallar lo expresado por Giménez, sino armar un hilo conector con Foucault.

²⁵ Giménez menciona los trabajos de Robert Fossaert, Göran Therborn, John B. Thompson, Raymond Boudon, Alvin W. Gouldner y Martin Seliger.

ejemplo, Giménez (1988) citando parte de la entrevista realizada por M. Fontana en 1976, titulada “Verdad y poder”²⁶, cita las tres razones por la cual la ideología no es más utilizable: 1) oposición con la verdad, 2) el inconveniente con el sujeto, 3) la ideología aparece en posición secundaria respecto a algo que debe funcionar como infraestructura. En resumen, existe una visible hostilidad de Foucault hacia la ideología, ya que ataca los puntos centrales de la teoría ideológica y en específico la althusseriana.

Giménez (1988) es consciente de la complejidad misma de la teoría y el análisis de las ideologías desde sus inicios, a nivel teórico, metodológico y epistemológico. La raíz del problema en torno a la ideología, radica en la imposibilidad de definirlo, puesto que su familia forma parte de conceptos totalizantes y he ahí que aparecen diversas versiones. Es así, entonces, que, en muchos casos, la ideología aparece como un concepto arbitrario y construido históricamente. Frente a eso, Giménez (1988) clasifica la ideología de dos maneras: extensiva y restrictiva. La versión extensiva de la ideología, según el paraguayo, abarca todo el campo de lo simbólico y el inconsciente, claros ejemplos son Gramsci, Althusser, Therborn y Fossaert; la versión restrictiva reduce a un sistema de creencias o de símbolos, pero que no recubre la totalidad del universo simbólico, ejemplos son: Manheim-Shils, Seliger, Gouldner, Boudon.

La clasificación extensiva y restrictiva le permite a Giménez (1988) mostrar las distintas posiciones respecto a la ideología y sus propias limitaciones. El autor expresa que la reducción al plano simbólico o a sistemas de creencia, deja de lado la conexión entre teoría de la ideología y la crítica a la dominación, cayendo en un mero positivismo de carácter neutral. Pero lo que realmente es interesante, atendiendo al trabajo, tiene que ver con las conclusiones críticas de Giménez, en especial el apartado que toca al debate

²⁶ La entrevista se puede encontrar en Microfísica del poder: Ver: Foucault, 1987.

actual que gira sobre el eje poder-ideología-discurso, que guarda relación con lo anteriormente dicho.

Si bien han existido —dice el autor— tímidos intentos de realizar tal conexión, como John B. Thompson u Oliver Reboul, estos caen en un esquema simplista, al plantear, en resumidas cuentas, que “el pensamiento está al servicio del poder”, o sea, aparece por su carácter meramente funcional con el poder. Frente a eso, Giménez (1988) considera que la noción de ideología, necesita de un concepto que aborde los ámbitos simbólicos bajo la perspectiva de la política y sus conexiones con la dominación y el poder, es así, que la figura que aparece paradójicamente es Foucault.

Llegado hasta aquí, se puede ver el recorrido que realiza Giménez en torno a Foucault y su relación con la teoría materialista del discurso y su incipiente acercamiento a la ideología. Y ya expresados brevemente los problemas de la teoría ideológica y su alejamiento de la política y la dominación, Giménez (1988), analiza dos puntos esenciales que aparecen en la teoría foucaultiana del poder, que ayudan a replantear los elementos señalados y darle nuevos elementos para enriquecerlo.

En primer aspecto, Giménez (1988) aborda la “reconexión” entre ideología y poder. Sosteniendo que tal “reconexión”, a pesar del interés teórico y político de los autores citados anteriormente, no da lugar suficiente a las ideologías de la oposición y de la resistencia, teniendo como efecto un enclaustramiento de sus propias teorías. Atendiendo a ese aspecto, el paraguayo se sumerge en los aportes de Foucault, en específico, en la alteración que hace respecto a la ideología y el poder. Para Giménez (1988), Foucault ha invertido la relación ideología-poder a poder-ideología, donde este ya no aparece como “instrumentalización” del discurso por el poder, sino que ahora es la “producción” del discurso por el poder. Si se quiere hablar de verdad, esta no aparece fuera del poder ni carece de la misma, sino

que se produce mediante múltiples constricciones. El discurso produce sus propios regímenes de verdad en cada sociedad, dice Foucault en palabras de Giménez (1988), donde su “política general” acepta y rechaza lo que es verdadero o falso. Es así, que la reconexión entre la ideología y el poder, o propiamente dicho, del poder y la ideología, en términos discursivos, actúa desde el exterior. Dice el sociólogo paraguayo sobre el primer aspecto que rescata de Foucault:

El primero consiste en una intervención, por así decirlo, desde el exterior o desde afuera, mediante una función de selección, de redistribución y la censura de enunciados. Un ejemplo de este modo de intervención sería los procedimientos o sistemas de exclusión, como las prohibiciones (no se tiene derecho a decir todo), las dicotomías excluyentes y los rechazos (razón/locura, etc.) y, finalmente, la oposición sobre fronteras históricamente variables entre la verdad y el error. (Giménez, 1988, p. 23).

El segundo aspecto que Giménez (1988) encuentra en la teoría foucaultiana tiene que ver con algo mucho más profundo y es la relación entre poder y discurso. Para Foucault, el poder ya no actúa fuera del discurso, sino que se hace con el discurso, “constituyendo sus objetos y sujetos, imponiendo sus modos de enunciación y determinando lo que debe o puede ser dicho en una situación y en un momento determinados” (Giménez, 1988, p. 24). Este aspecto es crucial con el problema de la ideología y el discurso, puesto que tanto ni Thompson ni Reboul han prestado atención a la propiedad del discurso, es decir, su poder constructivo. Para Giménez (1988) el discurso no habla solo de objetos o experiencias, sino que produce efectos, “les confiere una estructura de sentido definiéndose, calificándolos, referenciándolos, clasificándolos, parafraseándolos, etc.” (p. 24). Entonces, el discurso y la ideología, antes que encubrir o disimular, legítima o reifica construyendo referentes, pero no de manera arbitraria, sino mediante reglas socialmente sancionadas, generalmente implícitas.

Teniendo en cuenta estos dos aspectos y el recorrido que se ha realizado sobre los tres artículos anteriormente indicados, de las cuales cada apartado

profundiza aspectos de la teoría materialista del discurso, la ideología y el poder, Giménez (1988) en un ejercicio de compenetración, encuentra en Foucault, un autor que enriquece los tres aspectos. Puesto que su contribución “consiste en haber mostrado que estas reglas son efecto del orden establecido, es decir, de la configuración del poder en una determinada sociedad y de la ‘cultura política’ que le corresponde” (Giménez, 1988, p. 24). Además de que el francés, a pesar de su rechazo a la ideología, “se convierte inesperada y paradójicamente en un poderoso apoyo para la construcción de una teoría crítica y política de las ideologías” (Giménez, 1988, p. 24).

La Herencia Foucaultiana: Discurso y Poder

Los tres escritos referidos en el apartado anterior muestran los acercamientos que realiza Giménez sobre algunos aportes de Foucault a la teoría materialista del discurso y la ideología, gracias a su teoría del poder, pero se puede decir que existen dos textos claves que ahondan con mayor profundidad, lo que se puede denominar, la “herencia foucaultiana”: *Poder, estado y discurso*, de 1981, y “Foucault: poder y discurso” de 1987.

El libro *Poder, estado y discurso*, lleva por subtítulo “Perspectivas sociológicas y semiológicas del discurso político-jurídico”, mostrando que la centralidad del problema pasa por el “discurso político-jurídico”. Si bien la estructura del texto se divide en cinco partes, para el presente apartado, se ahondará solamente la primera parte, en especial, el capítulo “Los fenómenos del poder”, ya que es donde Giménez examina el poder en Foucault, comparando con otras teorías, por ejemplo, la de Max Weber.

Giménez (1981), partiendo de la relación entre poder y derecho, comienza a analizar las distintas concepciones que se dieron a lo largo de los siglos, centrándose primeramente en los teóricos modernos, en específico Locke, que junto a sus contemporáneos entendían el poder político como simple facultad de juzgar y de imponer sanciones. Utilizando las herramientas

foucaultianas, Giménez, sostiene que ni la ciencia política ni la ciencia jurídica han dado una respuesta satisfactoria a qué es el poder. Para Foucault, dice el paraguayo, la mayoría de los estudiosos del poder, reducían a las personas que detentaban el poder; como también lo opuesto a ello, los procesos de las infraestructuras económicas; y otra vez, su opuesto, aquellos que consideraba como superestructura en relación con la economía (Giménez, 1981, p. 11). Ni el propio marxismo ha dado una teoría del poder suficientemente adecuada y satisfactoria, dice Giménez, siguiendo al francés. Pero, si bien está en parte de acuerdo con Foucault, Giménez (1981) encuentra ciertas limitaciones en la teoría del poder, puesto que deja de lado la distinción entre “el poder como capacidad” y “el poder como ejercicio”, distinción elemental de la lógica modal. Para el sociólogo, Foucault, cuando habla de mecanismos de poder, está simplemente presentando una posición que acentúa el poder como ejercicio. Sin duda, Giménez está trayendo otras teorías para contrastar a la de Foucault, como por ejemplo a Jean Baechler y a François Perroux y si bien aquí se puede objetar algunos aspectos a su interpretación, es entendible su desarrollo por el propósito mismo del capítulo, que es presentar el estado de la cuestión.

Giménez (1981), atendiendo a lo expuesto en el párrafo anterior, analiza los aportes de Max Weber, trayendo a colación la cuestión de la dominación (poder puro), la autoridad (creencias compartidas) y la dirección (cálculo racional de los dirigidos), que, según el autor, es un análisis mucho más detallado del poder. Estas generalidades del poder weberianas, Giménez (1981), lo lleva al campo marxista, sosteniendo que la “dictadura del proletariado” no es otra cosa que una figura del poder como dominación, teniendo como referente a Engels y Lenin. Más adelante, el sociólogo, encuentra en Gramsci, una teoría de poder más coherente, con su categoría de “hegemonía”, el poder posee un doble rostro, dominación y dirección, “la hegemonía gramsciana, por lo tanto, no es sólo un hecho político, sino

también un hecho cultural y moral que pone en juego una concepción del mundo” (Giménez, 1981, p. 21). A pesar de todo lo desarrollado, vuelve nuevamente a Foucault, revisando la concepción del poder presentada en la *Voluntad de poder*, Giménez (1981) amplía la *ratio* y enfatiza que el francés, reconoce factores inmanentes en su propia teoría del poder. Es decir, que no se quedan en el plano del “ejercicio” del poder, sino que se encuentra relacionado con otros tipos de relaciones (económico, de conocimiento, sexual). Sobre esto, Giménez (1981) reconoce el gran aporte de Foucault, al analizar las grandes estrategias de poder:

Pero sólo puede explicarse si le asigna una base estructural: son los mecanismos estructurales de la reproducción social o institucional los que prescriben ‘modelos racionales’ de ejercicio de poder a los agentes que ocupan determinados ‘lugares’ en la trama de las relaciones sociales. (p. 26)

La cita muestra, en palabras de Giménez (1981), que Foucault se interesó por la escala “microfísica del poder”, sin atender la escala “política del poder”, que transforma espacios sociales de los Estados expansivos, planetarios o transnacionales. Subestimando, por parte del francés, la especificidad del poder político, dice el paraguayo, que se tiene que “dialectizar” tanto el análisis del poder ascendente y descendente. El poder político no es un mero resultado de los micro-procesos del poder, “sino también un mecanismo globalizante relativamente autónomo, capaz de incidir desde arriba sobre dichos micro-procesos para imprimirles cierta orientación global favorable a determinados intereses” (Giménez, 1981, p. 28). Entonces, ¿qué es el aporte que realiza Foucault para Giménez? Pues bien, es haber analizado las capas subterráneas del poder, los micro-poderes muestran una manera innovadora de comprender las propias relaciones sociales, que a pesar de las limitaciones —según Giménez— amplían el espectro de los estudios sobre el poder.

Ahora, si bien en el apartado analizado, Giménez encuentra un autor preocupado por la microfísica del poder, aportando elementos claves, es con su presentación en el coloquio “La herencia de Foucault”, titulado, como bien se ha dicho más arriba, “Foucault: poder y discurso”, donde con mayor fuerza se puede ver los aportes del francés a diferentes disciplinas académicas. Dice Giménez (1987): “en realidad la importancia y la presencia de Foucault desbordan el ámbito de la mera innovación teórica, metodológica o epistemológica en éste y en otros campos de la investigación histórica de la cultura” (p, 29). Más allá de acuerdos y desacuerdos con la teórica foucaultiana, no es posible dejarlo de lado, puesto que minado las certezas de las grandes teorías y aportado en ciencias políticas y sociales, expresa Giménez.

El interés de Giménez, siguiendo el título de su presentación, es ahondar los aportes que giran en torno a la relación poder y discurso. Teniendo en cuenta eso. Giménez (1987) distingue etapas de Foucault, la epistemológica, la arqueológica y genealógica. La primera sigue las líneas de la epistemología francesa, en especial la de Bachelard y Canguilhen, en este aspecto, el concepto clave es “episteme”; la segunda etapa, “arqueología” sustituye a la “episteme” como concepto clave, no visibles connotaciones estructuralistas, expresa el paraguayo. Sobre el segundo punto es donde Giménez (1987) se detiene a desarrollar los aportes de Foucault, ya que es donde realiza “una reorganización global del sistema conceptual utilizado en los trabajos precedentes” (p, 33). Giménez (1987), enfatiza que el nuevo proyecto foucaultiano es pensar la historia sin referencia a un sujeto o un objeto, lejos de falsa alternativa continuidad y discontinuidad, otorgando importancia a la noción de “acontecimiento discursivo”. De esto se desprende —dice el autor—, la base de los acontecimientos discursivos, que sería el “enunciado”, entendida en su existencia material, que remite a un soporte, lugar o fecha determinada. Esto obviamente para Foucault, según

Giménez (1987), lleva a que este régimen de materialidad este asociado al orden de la “institución”, “lo que permite pensar que para Foucault los acontecimientos discursivos se hallan estructurados por relaciones materiales encarnadas en instituciones” (p. 34).

Dicho lo anterior, la articulación teórica realizada lleva a Foucault a plantear el concepto de “prácticas discursivas”, que lejos de una actividad de un sujeto, es la “existencia objetiva y material de ciertas *reglas* a las que todo emisor se sujet a necesariamente cuando participa en un proceso discursivo” (Giménez, 1987, p. 34-35, cursivas del autor). Esto determina lo que se puede o debe ser dicho, o sea, son los objetos del discurso los determinantes en un momento determinado. Todo ello lleva a circunscribir al concepto de “saber” dice Giménez, ya que este constituye el objeto de la “arqueología”.

El saber sería todo aquello acerca de lo cual se puede hablar en una práctica discursiva determinada; el ámbito constituido por los diferentes objetos que más tarde adquirirán o no un estatuto científico; el campo de coordinación y de subordinación entre enunciados, dentro del cual los conceptos emergen, se definen, se aplican y se transforman. (Giménez, 1987, p. 35).

Este periodo arqueológico tiene por objetivo el análisis del conjunto de reglas anónimas, históricamente determinadas, que se imponen a todo sujeto hablante, expresa Giménez (1987, p. 35). Esto le permite descubrir que debajo de las reglas anónimas existe un orden que establece las cosas, una “microfísica del poder”, mediante tácticas y estrategias de poder.

Giménez, mediante la conexión antes dicha, comienza a desarrollar la tercera etapa de Foucault, la genealógica. Para el autor, la genealogía la marca la última etapa de su investigación²⁷, centrados en el *Orden del discurso, Vigilar y castigar y Voluntad de saber*, caracterizada como un saber disperso, localista y particular, que busca liberar a los “saberes

²⁷ Acá hay que tener en cuenta que las últimas obras de Foucault todavía no eran de amplio conocimiento. Todavía no se popularizó los dos últimos volúmenes de la *Historia de la sexualidad*.

sujetados” descalificados y jerárquicamente inferiores (Giménez, 1987, p. 36). La centralidad del poder es esencial en esta etapa, lejos de las perspectivas hobbesiana, centralista o economicista, el poder es: un sistema de relaciones, se define a nivel de mecanismos (ejercicios o tecnologías), relación de fuerza múltiple, de lucha, es histórica, productivo, los aparatos de Estado son resultantes de la microfísica del poder (Giménez, 1987, p. 37-38).

La interpretación de Giménez (1987), muy en sintonía con el apartado anterior, entiende que los modos de intervención del poder sobre el discurso se basan en dos registros: 1) exterior, de selección, redistribución y censura de enunciados; 2) interior, aparece inmanente al discurso, impone sus modos de enunciación, determinando lo que puede o no ser dicho. Dice Giménez (1987) en un primer momento:

La contribución de Foucault consiste en haber demostrado que esas reglas son efecto del orden establecido, es decir, de la configuración del poder en una determinada sociedad y de la “cultura política” que le corresponde. De aquí la problemática de las relaciones entre poder y discurso, característica del modo foucaultiano de aproximación al análisis del discurso. (p. 40-41)

Sobre esto aparece nuevamente la crítica de Giménez a Foucault, presentada en el artículo analizado con anterioridad, “la distribución del poder en una formación social depende la estructura objetiva de la desigualdad social” (Giménez, 1987, p. 41). Para demostrarlo, ilustra una cadena de dependencias y mediaciones, que sigue el siguiente hilo: 1) Estructura de la desigualdad social; 2) Distribución del poder y de las resistencias; 3) Reglas constitutivas de hechos y objetos dotados de sentido; 4) Objetos, hechos o acontecimientos constituidos; 5) Discursos científicos, retóricos o meramente persuasivos acerca de dichos objetos, hechos o acontecimientos (Giménez, 1987, p. 41).

De dicha cadena, Giménez (1987) arguye que los objetivos discursivos constituidos comportan siempre un “componente hermenéutico”, puesto

que necesitan ser interpretados en función de ciertas reglas sociales. Sobre esto, realiza una serie de ejemplos para sustentar su reflexión, pero lo interesante de la cuestión es la relación que establece con el argentino Eliseo Verón, puesto que en su libro *Construir el acontecimiento*, realiza un análisis sobre cómo los medios de comunicación masiva construyeron literalmente el “accidente nuclear” de Three Mile Island (TMI) en 1979. En resumen, Giménez (1987) quiere resaltar cómo el “hecho bruto” de la ruptura de agua se convirtió discursivamente en “accidente de la central termonuclear de TMI” (p. 43) o sea, construye un sentido. De esto se desprende que Verón, en palabras del sociólogo, ejemplifique con mayor tenacidad el aporte de Foucault sobre el poder y el discurso, en otras palabras, el aspecto constructivo del discurso en la materialidad de las cosas.

A Modo de Conclusión: Caminos Abiertos por los Paraguayos

La acogida de Foucault en Latinoamérica guarda relación con momentos específicos de la región, de los cuales Paraguay no estuvo excepto. Teniendo en cuenta dicho aspecto, la investigación desarrollada se detuvo en abordar las recepciones realizadas por parte de Benjamin Ardití y Gilberto Giménez de la obra foucaultiana, en específico, sus trabajos de la última parte del siglo XX. Si bien, ambos no vienen directamente del campo filosófico, sino de la ciencia política y la sociología, sus aportes muestran el marcado conocimiento de Foucault y sus alcances dentro del contexto político marxista, por un lado, y por otro, epistemológico y metodológico.

Referente a la cuestión política marxista, Ardití es el que mayor énfasis trabajo a Foucault en esas líneas, como se puede ver en el primer apartado de la investigación, considerado como un posmoderno o posmarxista. Sobre esto cabe recordar su estadía en México a principios de los ochenta,

marcado por los debates en torno a la crisis del marxismo, desarrolla una lista de investigaciones donde resalta su obra *Discutir el socialismo*. El libro cuestiona los elementos epistemológicos y prácticos, siguiendo la estela foucaultiana del análisis del discurso y del poder, desarmando todo presupuesto moderno anclado en el marxismo. Acerca de eso, se realizó un detallado análisis del mentado cuestionamiento arditiano, para visualizar los puntos claves.

Otro aspecto que aborda Ardit, es la relación entre Foucault, la teoría posmoderna y sus aportes a la transición democrática. De dichas investigaciones, son dos libros capitales que muestran tales aspectos, *El deseo de la libertad y la cuestión del otro: Posmodernidad, poder y sociedad*, y *Conceptos. Ensayos sobre teoría política, democracia y filosofía*, donde, valiéndose de los aportes posmodernos y foucaultianos, amplía el campo social poniendo sobre la mesa las limitaciones de la teoría política moderna, acentuando la diferencia y el papel de los nuevos movimientos sociales emergentes en consolidación de una democracia pluralista.

Giménez, por su parte, enfatiza elementos epistemológicos y metodológicos en su recepción de Foucault. Sus textos “Lingüística, semiología y análisis ideológico de la literatura”, “Teoría sobre las ideologías. Estado actual de la cuestión” y “El debate interminable en torno a la ideología” siguen la relación entre análisis del discurso e ideología, donde el francés aparece como uno de los referentes de la teoría materialista del discurso y un amplificador de la teoría de la ideología. Por otro lado, *Poder, estado y discurso*, y “Foucault: poder y discurso” enfatizan más las herencias que ha dejado el francés, es específico lo que concierne a la microfísica del poder para renovar los estudios disciplinarios, ejemplo de ello, como se vio, en la figura de Eliseo Verón.

Tanto Ardití como Giménez se valieron de Foucault, desde distintas aristas, mostrando las aplicaciones que se pueden realizar de la amplia reflexión hecha por el francés a sus propias investigaciones y dataciones históricas. Obviamente, aquí se debe acentuar, que la recepción de ambos se detiene en el momento genealógico, debido, claro, a que, en esa época, la cuestión de la subjetividad o el plano ético de Foucault todavía no tenía amplio reconocimiento. Esto, por supuesto, no debe leerse como una limitación de los autores, sino que, al contrario, como una invitación a seguir profundizando los aportes foucaultianos, que se vuelven legión. Donde los estudios sobre la gubernamentalidad y la subjetividad son los elementos que podrían ayudar a comprender el momento actual, como bien el análisis del discurso y la microfísica del poder, ayudaron a los autores a plantear sus problemas a finales del siglo XX.

Referencias

- Acevedo, R. (abril, 2023). *El surgimiento del posmarxismo: La importancia de Discutir el socialismo de Benjamin Ardití*. XII Taller / I Congreso “Paraguay desde las Ciencias Sociales”, San Lorenzo, Paraguay. <https://paraguay.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/129/2023/04/Acevedo.pdf>
- Arditi, B y Rodríguez, J. C. (1987). *La sociedad a pesar del Estado: Movimientos sociales y recuperación democrática en el Paraguay*. Editorial El Lector.
- Arditi, B. (1983). Sujetos a debate. *El buscón*. Vol. 1 (7), 111-121.
- Arditi, B. (1985). El sentido del socialismo hoy. *Opciones* (7), 22-31.
- Arditi, B. (1986). El deseo de la libertad. La dialéctica y la cuestión del otro. *David y Goliath*, Vol. 16 (50), 52-59.
- Arditi, B. (1987). La ‘politicidad’ de la crisis y la cuestión democrática. Poder político, economía y sociedad en el Paraguay. En Calderón, F & dos Santos, M. R. (comps). *Latinoamérica: lo político y lo social en la crisis* (pp. 93-164). CLACSO, Biblioteca de Ciencias Sociales.

- Arditi, B. (1988). El circuito norma-diferencia y los micropoderes. *David y Goliath*, Vol. 17 (53), 56-62.
- Arditi, B. (1988a). Romanticismo y sectarismo en el imaginario de izquierda. *Leviatán* (34), 93-102.
- Arditi, B. (1989a). *Discutir el socialismo*. RP / Criterio Ediciones.
- Arditi, B. (1989b). El deseo de la libertad y la cuestión del otro: Posmodernidad, poder y sociedad. RP Ediciones-Criterio Ediciones.
- Arditi, B. (1990a). A condição pós-marxista. En S. Larangeira (Ed.), *Classes e movimentos sociais* (pp. 286-310). Editora Hucitec.
- Arditi, B. (1990b). Intelectuales y política en la izquierda Latinoamericana. *David y Goliath*, Vol. 19 (56), 27-35.
- Arditi, B. (1990c). Microfísica, poder, totalidad social. *Revista de Crítica Cultural*, Vol. 1 (2), 36-38.
- Arditi, B. (1992). *Adiós a Stroessner: La reconstrucción de la política en el Paraguay*. CDE/RP Ediciones.
- Arditi, B. (1993). *Conceptos: ensayos sobre teoría política, democracia y filosofía*. CDE/RP ediciones.
- Arditi, B. (2010). Post-hegemonía: la política fuera del paradigma postmarxista habitual. En H. Cairo & J. Franzé (comps.). *Política y cultura* (pp. 159-193). Biblioteca Nueva.
- Beverley, J. y Oviedo, J. (1995). Introduction. En J. Beverley, M. Aronna, J. Oviedo (Ed.). *The Postmodernism Debate in Latin America* (pp. 1-17). Duke University Press.
- Cáceres Mercado, S. (2011). El trabajo politológico de Arditi en clave posmoderna: años finales del stronismo y principios de la transición democrática. En A. Barreto Valinotti, S. Cáceres Mercado, R. Céspedes Ruffinelli, J. García, Ch. Quevedo, J. M. Silvero, D. Velázquez Seiferheld, *Paraguay: Ideas, Representaciones e Imaginarios* (pp. 93-117). Secretaría Nacional de Cultura
- Calderón, F. (Comp.). (1988). *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada posmoderna*. CLACSO.
- Canavese, M. (2015). *Los usos de Foucault en la Argentina. Recepción y circulación desde los años cincuenta hasta nuestros días*. Siglo Veintiuno Editores.

- Escobar, T. (1987). *El mito del arte y el mito del pueblo: cuestiones sobre arte popular*. RP ediciones.
- Escobar, T. (2020). *Aura Latente. Estética/Ética/Política/Técnica*. Museo del barro.
- Foucault, M. (1973). *El orden del discurso* (A. González Troyano, trad.). Tusquets Editores. (Trabajo original publicado en 1970).
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar* (A. González Troyano, trad.). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1975).
- Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad* (U. Guiñazú, trad.). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1976).
- Foucault, M. (1979). *La arqueología del saber* (A. Garzón del Camino, trad.). Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1969).
- Foucault, M. (1982). The subject and power, En H. Dreyfus & P. Rabinow, *Michel Foucault: Beyond structuralism and hermeneutics* (pp. 208-226). Harvester Press.
- Foucault, M. (1987). *Microfísica del poder* (J. Varela y F. Álvarez-Uría, trad.). La Piqueta. (Trabajo original publicado en 1977).
- Foucault, M. (1999). Estructuralismo y postestructuralismo. Entrevista con G. Raulet. En *Estética, ética y hermenéutica* (A. Gabilondo, trad.) (pp. 307-334). Paidós Básica.
- Garretón, M. A., de Ipola, E., Krischke, P., Lechner, N., (1990). Contribuciones 7. Escenarios políticos de la transición a la democracia (I). Centro de Documentación y Estudios (CDE).
- Giménez, G. (1976). Lingüística, semiología y análisis ideológico de la literatura. En E. Barraza, G. Giménez, V. Godínez, M. Monteforte Toledo, S. Sefchovich, *Literatura, Ideología y Lenguaje* (pp. 268-350). Editorial Grijaldo.
- Giménez, G. (1979). Nuevo enfoque sociológico de la semiótica literaria. *Semiosis* (3). 103-119.
- Giménez, G. (1980a). El análisis del discurso político-jurídico. *Semiosis* (5). 55-94.
- Giménez, G. (1980b). Teorías sobre las ideologías. Estado de la cuestión. En M. Monteforte Toledo (coord.). *El discurso político* (pp. 65-90). Editorial Nueva Imagen.

- Giménez, G. (1981). *Poder, Estado y Discurso. Perspectiva social y semiológica del discurso político-jurídico*. Instituto de Investigaciones Jurídicas-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Giménez, G. (1987). Foucault: Poder y Discurso. En: L. Salazar, G. Giménez, S. Pérez Cortés, L. Ocaña, P. Marcos, J. M.ª Bulnes, A. Pereira, C. Morales, E. de Gortari, F. Meza, *La herencia de Foucault. Pensar en la diferencia* (pp. 29-44), UNAM-Ediciones el Caballito.
- Giménez, G. (1988). El debate interminable en torno a la ideología. En *La teoría y el análisis de las ideologías* (11-24). COMECOSO.
- Giménez, G. (1991). Análisis materialista del discurso. DisCurso. Cuadernos de Teoría y Análisis (11). 9-10.
- Habermas, J. (1993). *El discurso filosófico de la modernidad* (M. J. Redondo, trad.). Taurus. (Trabajo original publicado en 1985).
- Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM. (5 de noviembre de 2020). Un homenaje compartido. Gilberto Giménez. El sociólogo, el maestro, el amigo [Archivo de Video]. Youtube.
<https://www.youtube.com/live/Xc9y8c8TPdY?feature=shared>
- Lanz, R. (1996). *El discurso posmoderno. Crítica de la razón Escéptica*. Universidad Central de Venezuela. Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.
- Lechner (Ed.) (1987). *Cultura política y democratización*. FLACSO/CLACSO/ICI.
- Lechner, N. (1988). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. CLACSO.
- Leyva Martínez, G. (2013). Michel Foucault: los caminos de su recepción en México. En V. Galván (Coord.). *El evangelio del diablo. Foucault y la Historia de la locura* (pp.151-158). Biblioteca Nueva.
- Ortega, J. (1997). *El principio radical de lo nuevo: postmodernidad, identidad y novela en América Latina*. Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Pinto Mosqueira, G. (2002). La recepción de la postmodernidad en América Latina: apuntes bibliográficos. Universitas Philosophica. Vol. 19 (38), 51-56.
- Rabinow, P. (Edit.). (1984). *The Foucault reader*. Peregrine Book.

Rivarola, M. (2006). Pensadores y corrientes políticas en el Paraguay. En B, Bosio & E, Devés-Valdés (comps.), *Pensamiento paraguayo del siglo XX* (pp. 229-259). Corredor de las Ideas del Cono Sur/ Intercontinental.

Sebreli, J. J. (1991). *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultura.* Editorial Sudamericana.

Soler, L. (2014). “De pronto la Iglesia nos obligó a ser sociólogos”. Socialización política y stronismo. Los estudiantes de sociología de la Universidad de Asunción (1971-1976). Nuevo Mundo Mundos nuevos. URL: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/66560>; DOI: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.66560>